



La lucha de Marx y Engels por la unidad de la clase obrera

La lucha de Marx y Engels por la unidad de la clase obrera



ÍNDICE:

Introducción	3
La Liga de los Comunistas	9
La base teórica de la unidad	11
La AIT (1): la reconstrucción de la unidad	15
La AIT (2): defender la unidad obrera alcanzada	19
La AIT (3): el desarrollo de la unidad de la clase obrera	23
El principal enemigo de todo movimiento obrero incipiente	27



Introducción

“La unidad es necesaria para la clase obrera. (...) Los obreros separados no son nada. Los obreros unidos lo son todo.” (*A propósito de la unidad obrera*, Lenin)

La lucha de clases es el motor del desarrollo de toda sociedad dividida en clases y, en la actual, los obreros necesitan practicarla para defenderse de la explotación capitalista. Tienden necesariamente, pues, a constituirse en clase contra la clase burguesa. Es decir, los obreros necesitan la unidad de sus propias filas para tener éxito en la confrontación con su enemigo de clase. El progreso capitalista tiende a favorecerla puesto que “sustituye el aislamiento de los obreros, resultante de la competencia, por su unión revolucionaria mediante la asociación.” (*El Manifiesto del Partido Comunista*, Marx y Engels) En cambio, las actitudes contrarias a la unidad proletaria –a las que designamos con el nombre de **sectarismo**–, por muy honestamente revolucionarias que sean sus motivaciones, dificultan el combate de masas de nuestra clase, que es el único camino por el que los obreros podrán descubrir sus verdaderos intereses y realizar la revolución socialista. Por eso, cuando la organización proletaria de masas todavía no se ha constituido o ha sido destruida, el sectarismo se erige como principal enemigo **interno** del movimiento obrero.

Claro que no todos los sectarios proclaman abiertamente su intención de dividir a la clase obrera, sino que muchos claman por su unidad pero realizan una política que no hace más que perjudicarla. Por eso, tenemos que analizar la línea política de cada organización obrera y comprobar si sirve objetivamente a la unidad proletaria o no. Detrás de toda expresión de sectarismo existe una política oportunista, esto es, una política que, en nombre de la clase obrera, sacrifica los intereses generales de ésta para conciliar con la burguesía o para servir a las aspiraciones pequeñoburguesas de algunos individuos.

Dos clases de sectarismo

Los oportunistas que más daño hacen al movimiento obrero y que mejor ocultan su sectarismo son los de derecha, los reformistas, los jefes de CC.OO., UGT, PSOE, IU, PCE, etc. Muchos de ellos han abandonado ya el discurso “de clase” para pretender la representación del pueblo, de la ciudadanía, de la nación en general. Otros, como muchos cuadros sindicales, todavía defienden una posición “de clase”, pero limitada a reivindicar para los obreros un lugar mejor, más “digno” o “decente”, dentro del estrecho marco de las relaciones sociales burguesas. Esto les lleva a conciliar con el capital y sus objetivos (mayor productividad, competitividad, tasa de ganancia, para salir de la crisis, crear empleo, etc.), a cambio de ventajas para ellos y de algunas mínimas concesiones para el resto de los trabajadores que “justifiquen” sus cargos representativos. Niegan o son inconsecuentes con el hecho de que los intereses de la clase obrera son antagónicos, irreconciliables, con los de la clase capitalista y que sólo una política revolucionaria puede ser



La lucha de Marx y Engels por la unidad de la clase obrera

realmente “de clase”. Por eso son sectarios: en su afán por conciliar lo inconciliable, no consiguen más que dividir a las masas obreras, enfrentar entre sí a los explotados por las migajas que les ofrecen sus explotadores (a activos con parados, a fijos con precarios, a autóctonos con inmigrantes, etc.,) y encadenar a los trabajadores a la política de los distintos sectores burgueses y reaccionarios.

Pero, entre los “revolucionarios”, también hay otro tipo de oportunistas que practican el sectarismo: “el bolchevismo ha crecido, se ha formado y se ha templado en largos años de lucha contra el *revolucionarismo pequeñoburgués*, parecido al anarquismo o que ha tomado algo de él y que se aparta en todo lo esencial de las condiciones y exigencias de una consecuente lucha de clase del proletariado.” (*La enfermedad infantil del “izquierdismo” en el comunismo*, Lenin) Los sectarios “izquierdistas” suelen afirmar que no existen más oportunistas que los de signo derechista, a los cuales critican de manera unilateral y estridente, desvirtuando así la crítica verdaderamente revolucionaria, proletaria. Esta expresión minoritaria de sectarismo constituye, sin embargo, el **primer** obstáculo para reanimar el movimiento obrero que ha sufrido su peor derrota. Confunden a las nuevas generaciones de revolucionarios acerca de cómo combatir a la burguesía y a sus agentes reformistas, con qué organización, etc.

Combatir los pretextos sectarios

En el presente folleto, trataremos de demostrar que los obreros con conciencia de clase, los comunistas, **podemos** acabar con la división y dispersión de la vanguardia proletaria, y **podemos** marchar decididamente hacia la unidad de las diferentes organizaciones marxistas-leninistas, de éstas con las masas obreras y de la clase obrera como un todo único, o, lo que es lo mismo, hacia la reconstitución del Partido Comunista. No hay ningún obstáculo insalvable para ello; ni siquiera el oportunismo, si se le desenmascara públicamente.

¿Por qué no podemos militar en los sindicatos de masas a la vez que combatimos el oportunismo de sus dirigentes? ¿Por qué no podemos defender el derecho de autodeterminación de las nacionalidades que conforman España a la vez que defendemos el internacionalismo proletario contra el nacionalismo español y anti-español? ¿Por qué no podemos participar en la legalidad, las elecciones, los parlamentos y demás instituciones burguesas a la vez que denunciemos la dictadura de la burguesía que representan y preparamos su sustitución revolucionaria por la dictadura del proletariado? ¿Por qué no podemos luchar por la democracia y la república en general, junto con otras clases populares e incluso con las masas proletarias imbuidas de prejuicios burgueses, a la vez que propagamos la necesidad objetivamente inmediata de la revolución socialista? ¿Por qué no podemos impulsar la lucha revolucionaria de masas a la vez que criticamos el terrorismo individual? ¿Por qué no podemos defender **todo** el socialismo que hubo y el que sigue habiendo, y propagar sus realizaciones, a la vez que criticamos sus limitaciones y desviaciones? ¿Por



La lucha de Marx y Engels por la unidad de la clase obrera

qué no podemos organizar la lucha reivindicativa de las masas a la vez que agrupamos a sus elementos más conscientes en un partido político férreamente disciplinado sobre la **única** base teórica del marxismo-leninismo?, etc. En resumidas cuentas, ¿por qué no podemos reconstituir el Partido Comunista partiendo de la teoría y de la política revolucionarias definidas por Marx, Engels, Lenin, las tres Internacionales obreras y el movimiento comunista internacional hasta su ruptura, en los años 50 del siglo XX, causada por la degeneración oportunista su destacamento más avanzado, el Partido Comunista de la Unión Soviética (aprendiendo también de la convulsa experiencia posterior, a la luz de sus resultados)?

Ciertamente, no es fácil emprender el camino de la unidad, porque las posiciones políticas de las distintas organizaciones comunistas no son las mismas. Y todas ellas tienen el derecho y el deber –por el bien del movimiento proletario- de luchar por que prevalezcan las suyas. Es algo así como la “selección natural” del mejor camino. Pero, en primer lugar, ese derecho tiene sus límites: no puede servir de pretexto para eludir el deber supremo y sagrado de unir a todos los comunistas en una única organización vinculada lo mejor posible a las masas de nuestra clase. Y, en segundo lugar, lo que está pasando es aun peor, puesto que ni siquiera se están confrontando racionalmente las distintas posiciones –lo cual serviría, de paso, para educar política e ideológicamente a las masas-, sino que la mayoría de los grupos da por perdida la batalla contra la división de la clase obrera y se ha instalado cómodamente en ella, procurando únicamente su propio fortalecimiento sin clarificar las causas de la dispersión. Esta situación podrá resultar cómoda para los jefecillos oportunistas, pero es inaceptable para los proletarios revolucionarios.

Marx, Engels, Lenin, Stalin y todos los grandes dirigentes revolucionarios del proletariado lucharon, por supuesto, contra el oportunismo y el revisionismo, pero, precisamente, para forjar la unidad del partido obrero a escala internacional y en cada país.

La unidad es posible

Los intereses fundamentales de todos los obreros son idénticos: liberarse de la explotación y liberar con ello las fuerzas productivas sociales. Además, nuestra clase representa a todos los oprimidos de la sociedad. El marxismo-leninismo es el reflejo teórico, la expresión científica de esta necesidad, es su conciencia. Por eso, **el partido marxista-leninista puede ser único y no puede estar dividido por mucho tiempo**, si no es porque sus fragmentos se están desviando del marxismo-leninismo. El comunismo proletario es único: no se realiza a través de la división política de la clase obrera en sectas presididas por el individualismo pequeñoburgués de quienes convierten su particular visión del marxismo en un dogma religioso (sin autocrítica, sin aprender de otros). Muy al contrario, se realiza por medio de la unidad proletaria, para que sea la propia clase la que encuentre el camino concreto de su emancipación. La unidad de la clase obrera es necesariamente revolucionaria. Por eso, las dos consignas fundamentales y fundacionales



La lucha de Marx y Engels por la unidad de la clase obrera

del Partido Comunista de Marx y Engels fueron: “¡Proletarios de todos los países, uníos!” y “La emancipación de los obreros será obra de los obreros mismos”. Sólo es marxista-leninista, sólo sirve al proletariado, quien lucha incansablemente por la unidad de la clase y de su partido de vanguardia hasta conseguirla.

Quizás lo más duro sea **demostrar nuestra condición obrera**, asumiendo que la individualidad de cada militante revolucionario, exacerbada por los años de división y de inexistencia del Partido Comunista, debe subordinarse disciplinadamente a la organización proletaria en construcción. ¿No vamos a ser capaces de quedar a veces en minoría, de encajar alguna que otra derrota de nuestras posiciones en el partido común, de esperar a que la práctica social decida si teníamos o no razón, sin romper la unidad del partido?

Ninguno de los actuales destacamentos en los que nos organizamos los marxistas-leninistas españoles es el Partido Comunista. El Partido Comunista, en la medida en que existe hoy, lo formamos entre todos, y cada una de nuestras organizaciones es sólo una **fracción** de ese partido. Deberíamos asumir cuanto antes esta realidad y obrar por la superación del fraccionalismo, por la unidad del Partido, si queremos llegar en las mejores condiciones a la próxima cita decisiva de la historia, que se acerca a pasos agigantados.

“La Internacional –explicaba Marx a Bolte en su *Carta del 23 de noviembre de 1871*- se fundó para remplazar las sectas socialistas o semisocialistas por una verdadera organización de lucha de la clase obrera. (...) Por otra parte, la Internacional no podría haberse consolidado si el curso mismo de la historia no hubiera destruido ya el sistema de las sectas. El desarrollo del sistema de las sectas socialistas y el del verdadero movimiento obrero siempre están en relación inversa entre sí. Mientras se justifica (históricamente) la existencia de las sectas, la clase obrera no está aún madura para un movimiento histórico independiente. En cuanto alcanza su madurez, todas las sectas son esencialmente reaccionarias. Sin embargo, lo que la historia ha demostrado en todas partes se repitió dentro de la Internacional. Lo caduco intenta restablecerse y mantenerse dentro de la nueva forma adquirida.

La historia de la Internacional fue también una *continua lucha del Consejo General* contra las sectas y los experimentos improvisados que intentaron afirmarse dentro mismo de la Internacional en contra del movimiento auténtico de la clase obrera.”

La clase obrera ha demostrado haber madurado históricamente para desarrollar su movimiento independiente hasta conquistar el Poder político e iniciar la edificación del socialismo. Sin embargo, las últimas generaciones de proletarios han retrocedido desde estas posiciones conquistadas. El sistema de sectas comunistas vuelve a tener justificación, pero, a su vez, ¿no será, en parte, responsable de nuestra incapacidad para poner fin al período de reflujos que viene padeciendo la revolución proletaria?



La cuestión práctica es, por lo tanto, cómo combatir el sectarismo hasta vencerlo, como alcanzar la unidad del proletariado y de su vanguardia.

Ante todo, debemos descartar el falso camino de la unidad sin lucha. ¿Cómo se explica que *Unión Proletaria* declare la guerra al sectarismo, siendo ella misma un pequeño círculo obrero, aparentemente otra secta más? ¿No haría mejor *Unión Proletaria* en integrarse sin más en cualquier otra organización obrera mayor, probando así en los hechos su repudio del sectarismo? Puesto que *Unión Proletaria* convierte la cuestión de la unidad en su objetivo primordial, ¿no será eso expresión de su debilidad, de su impotencia, de su desesperación y de su claudicación? Éstas son las reacciones que encontramos en algunos comunistas de otras organizaciones.

Es cierto que hay organizaciones políticas de la clase obrera mayores que otras, pero ninguna tiene influencia sobre masas significativas del movimiento obrero porque todas son todavía muy pequeñas y, sobre todo, porque realizan una política que no se corresponde suficientemente con los intereses finales o incluso con las reivindicaciones inmediatas de las masas proletarias. El método de la integración del pequeño en el más grande sólo llevaría a prolongar esta falta de correspondencia, encubierta por la apariencia engañosa de un crecimiento, además de aumentar las tensiones dentro de la organización así “engordada” al no haber avanzado en la solución de los anteriores motivos de división. Puestos a buscar la unidad orgánica a cualquier precio, ¿por qué no integrarnos ahora mismo todos los comunistas en el PSOE que, pese a su dirección imperialista, es el único partido político que tiene una influencia real sobre el movimiento obrero a través de su aparato mediático y su control de las cúpulas de UGT y, en parte, de CCOO? Eso sí, no ayudaríamos en nada a la unidad del proletariado, o, lo que es idéntico, a su lucha de clase.

Luchar para unir, unir para luchar

La unidad de la clase obrera y de su partido de vanguardia es imprescindible para la lucha contra el capitalismo, por la revolución socialista. El agravamiento en curso de las condiciones de trabajo y de vida de los obreros (consecuencia de la lucha de clase de la burguesía) va a espolear la lucha y la unidad combativa de sectores más amplios de nuestra clase, favoreciendo el proceso de unidad de su partido. Pero esto no bastará: para que el tránsito sea más corto y menos doloroso, hará falta también que los más conscientes luchemos activamente por esa unidad, contra los obstáculos que la impiden. Nuestra consigna debe ser: **luchar para unir y unir para luchar.**

Unión Proletaria surgió frente a una experiencia anterior de crítica exclusivamente negativa, de lucha sin unidad. En estos cinco años, hemos restablecido vínculos con el movimiento obrero y comunista



La lucha de Marx y Engels por la unidad de la clase obrera

hasta donde alcanzan nuestras fuerzas y hemos empezado a conocer y a atacar las causas que impiden la unidad combativa del proletariado y de su Partido Comunista. Pero sólo hemos empezado a hacerlo y a propagar la necesidad prioritaria de esta tarea entre los demás militantes revolucionarios. Para llevarla a buen fin, necesitamos, **por lo menos**, armarnos con el conocimiento de la experiencia de los fundadores del marxismo-leninismo en su lucha contra el sectarismo y por la unidad del Partido, puesto que esta lucha condujo a las mayores realizaciones del movimiento obrero: la formación de tres Internacionales sucesivas, de organizaciones revolucionarias de masas y de Estados socialistas que alcanzaron el equilibrio estratégico con las potencias capitalistas. Sólo sobre la base de este conocimiento y con la paulatina acumulación de experiencias propias, encontraremos el camino concreto para acabar con la dispersión y reconstituir el Partido Comunista en España. Sin pretensión de ser exhaustivos, procuraremos exponer en este folleto cómo Marx y Engels trataron la cuestión de la unidad y la lucha del partido político del proletariado, en sus tiempos y circunstancias.

Gavroche



La Liga de los Comunistas

“Para que el proletariado sea, en el momento decisivo, lo suficientemente fuerte y pueda vencer, es necesario –Marx y yo defendemos esa posición desde 1847- que forme un partido especial, aparte de todos los demás partidos, un partido que sea opuesto a ellos y que sea consciente de que es un partido de clase.” (Engels, citado en *El movimiento obrero internacional*, t. 1, pág. 396, Ed. Progreso, 1976).

“En 1847, el concepto de ‘socialista’ abarcaba dos categorías de personas. Unas eran las que abrazaban diversos sistemas utópicos, y entre ellas se destacaban los owenistas en Inglaterra, y en Francia los fourieristas, que poco a poco habían ido quedando reducidos a dos sectas agonizantes. En la otra formaban los charlatanes sociales de toda laya, los que aspiraban a remediar las injusticias de la sociedad con sus potingues mágicos y con toda serie de remiendos, sin tocar en lo más mínimo, claro está, al capital ni a la ganancia. Gentes unas y otras ajenas al movimiento obrero, que iban a buscar apoyo para sus teorías a las clases ‘cultas’. El sector obrero que, convencido de la insuficiencia y superficialidad de las meras conmociones políticas, reclamaba una radical transformación de la sociedad, se apellidaba *comunista*. Era un comunismo toscamente delineado, instintivo, vago, pero lo bastante pujante para engendrar dos sistemas utópicos: el del ‘ícaro’ Cabet en Francia y el de Weitling en Alemania. En 1847, el ‘socialismo’ designaba un movimiento burgués, el ‘comunismo’ un movimiento obrero. El socialismo era, al menos en el continente, una doctrina presentable en los salones; el comunismo, todo lo contrario. Y como en nosotros era ya entonces firme la convicción de que ‘la emancipación de los trabajadores sólo podía ser obra de la propia clase obrera’, no podíamos dudar en la elección de título. Más tarde no se nos pasó nunca por las mentes tampoco modificarlo.” (Engels, Prefacio a la edición alemana de 1890 de *El Manifiesto del Partido Comunista*)

Por esto, Marx y Engels se vinculan a la Liga de los Comunistas combatiendo con éxito contra las ideas erróneas que la dominan y a favor del ingreso de los comunistas en las organizaciones del movimiento obrero.

“La unión de demócratas de distintas naciones no excluye la crítica recíproca. Esa unión es imposible sin tal crítica.” (Engels, *ibídem*, pág. 405).

“La importancia de este socialismo y comunismo crítico-utópico está en razón inversa al desarrollo histórico de la sociedad. Al paso que la lucha de clases se define y acentúa, va perdiendo importancia práctica y sentido teórico esa fantástica posición de superioridad respecto a ella, esa fe fantástica en su supresión. Por eso, aunque algunos de los autores de estos sistemas socialistas fueran en muchos aspectos verdaderos revolucionarios, sus discípulos forman hoy día sectas indiscutiblemente reaccionarias, que tremolan y mantienen impertérritas las viejas ideas de sus maestros frente a los nuevos derroteros históricos



La lucha de Marx y Engels por la unidad de la clase obrera

del proletariado. (...) Poco a poco van resbalando a la categoría de los socialistas reaccionarios o conservadores, de los cuales sólo se distinguen por su sistemática pedantería y por el fanatismo supersticioso con que comulgan en la eficacia milagrosa de su ciencia social. He ahí por qué se enfrentan rabiosamente con todos los movimientos políticos a que se entrega el proletariado, pues no ven en ellos sino el resultado de una ciega falta de fe el nuevo evangelio que ellos le predicán.” (Marx y Engels, *El Manifiesto del Partido Comunista*)

Aquí comprobamos la concepción materialista del marxismo que no se conforma con demostrar la inconsistencia de otras teorías, sino que explica la justificación de la existencia de las mismas, la destrucción de tal justificación por obra del desarrollo material de la sociedad y, por consiguiente, la inevitabilidad de la victoria de las ideas progresivas. El resultado no es necesariamente la completa desaparición de aquéllas teorías, pero sí su reducción a sectas insignificantes. También en nuestros tiempos, algunas lecturas del marxismo han sido engendradas sobre realidades sociales hoy transformadas, por lo que sólo quedan de ellas sus enseñanzas y ciertas sectas dogmáticas a las que ahora es posible derrotar en el seno del movimiento obrero.

“Frente a las precarias ideas teóricas anteriores y frente a las desviaciones prácticas que de ellas resultaban, los de Londres fueron dándose cuenta, cada vez más, de que Marx y yo teníamos razón con nuestra nueva teoría... Todas las objeciones y dudas quedaron despejadas, los nuevos principios fueron aprobados por unanimidad y Marx y yo recibimos el encargo de redactar el manifiesto.” (*ibídem*, pág. 401, 402 y 408)

Allí donde era posible, se organizaban “cursillos para enseñar a los obreros conocimientos elementales.” (Marx, *ibídem*, pág. 404)

Apreciamos la importancia **práctica** que Marx y Engels atribuían a la crítica, de la propaganda y de la formación teórica para la construcción del Partido Comunista. ¿Por qué algunas organizaciones comunistas de hoy evitan la propaganda de los fundamentos del marxismo, la formación de sus militantes en ellos, la crítica mutua sobre su base?



La base teórica de la unidad

Los comunistas y los proletarios en general nos hallamos compartimentados en pequeñas organizaciones políticas y en grandes sindicatos encabezados por agentes de la burguesía. Esta división es la que nos quita fuerza, capacidad de incidencia en la lucha de clases. Nuestra unidad es imprescindible e inevitable, y se conseguirá muy pronto si, en lugar de utilizar nuestras actuales divergencias para justificar la división (con espíritu sectario), las abordamos racional y públicamente con la voluntad de unir a nuestra clase y a su vanguardia (con espíritu de Partido). Esto es lo que nos va a imponer la vida, es decir, la grave crisis actual del capitalismo y la consiguiente multiplicación de agresiones contra los trabajadores. En este folleto, reivindicamos la necesidad elemental de pertrecharnos con el conocimiento de la experiencia de los clásicos del marxismo-leninismo en su lucha contra el sectarismo. Habíamos empezado con las enseñanzas fundamentales que Marx y Engels nos legaron cuando el movimiento obrero daba sus primeros pasos, organizando la Liga de los Comunistas.

Con el *Manifiesto del Partido Comunista* cuya redacción les encarga la Liga de los Comunistas, esta organización deja de ser un conglomerado de sectas comunistas utópicas para transformarse en un verdadero partido de la clase obrera que tendrá un papel relevante en las revoluciones de 1848-50. A partir de ahí, el comunismo quedará para siempre vinculado al movimiento histórico del proletariado:

“Los comunistas no forman un partido aparte de los demás partidos obreros. No tienen intereses propios que se distingan de los intereses generales del proletariado. No profesan principios especiales [sectarios] con los que aspiren a modelar el movimiento proletario. Los comunistas no se distinguen de los demás partidos proletarios más que en esto: en que destacan y reivindican siempre, en todas y cada una de las acciones nacionales proletarias, los intereses comunes y peculiares de todo el proletariado, independientes de su nacionalidad, y en que, cualquiera que sea la etapa histórica en que se mueva la lucha entre el proletariado y la burguesía, mantienen siempre el interés del movimiento enfocado en su conjunto. Los comunistas son, pues, prácticamente, la parte más decidida, el acicate siempre en tensión de todos los partidos obreros del mundo; teóricamente, llevan de ventaja a las grandes masas del proletariado su clara visión de las condiciones, los derroteros y los resultados generales a que ha de abocar el movimiento proletario. (...) Las proposiciones teóricas de los comunistas no descansan ni mucho menos en las ideas, en los principios forjados o descubiertos por ningún redentor de la humanidad. Son toda expresión generalizada de las condiciones materiales de una lucha de clases real y vívida, de un movimiento histórico que se está desarrollando a la vista de todos.” (Marx y Engels, *El Manifiesto del Partido Comunista*)



Las revoluciones de 1848 a 1850

“El proletariado, inconsciente aún de su propio papel histórico, hubo de asumir por el momento, en su inmensa mayoría, el papel de ala propulsora, de extrema izquierda de la burguesía. Los obreros alemanes tenían que conquistar, ante todo, los derechos que les eran indispensables para organizarse de un modo independiente, como partido de clase: (...) Los pocos centenares de afiliados a la Liga de los Comunistas, aislados entre sí, se perdieron en medio de aquella enorme masa puesta en movimiento. De esta suerte, el proletariado alemán aparece por primera vez en la escena política principalmente como un partido democrático de extrema izquierda.

Por eso, cuando fundamos en Alemania un gran periódico, nuestra bandera no podía ser otra que la bandera de la democracia; pero de una democracia que destacaba siempre, en cada caso concreto, el carácter específicamente proletario, que aún no podía estampar de una vez para siempre en su estandarte. Si no hubiéramos procedido de este modo, si no hubiéramos querido adherirnos al movimiento, incorporándonos a aquella ala que ya existía, que era la más progresiva y que, en el fondo, era un ala proletaria, para impulsarlo así hacia delante, no nos hubiera quedado más remedio que ponernos a predicar el comunismo en alguna hojita lugareña y fundar, en vez de un gran partido de acción, un pequeña secta. Pero el papel de predicadores en el desierto ya no nos cuadraba; habíamos estudiado demasiado bien a los utopistas para caer en ello. No era para eso para lo que habíamos trazado nuestro programa. (...)

Asimismo, salíamos al paso de las ilusiones, celosamente difundidas por la pequeña burguesía, de que la revolución había terminado con las jornadas de Marzo y de que ahora no había más que recoger sus frutos. Para nosotros, Febrero y Marzo sólo podían tener el significado de una auténtica revolución siempre y cuando que no fuesen el remate, sino, por el contrario, el punto de partida de un largo movimiento revolucionario, en el que (como había ocurrido en la gran Revolución francesa) el pueblo se fuese desarrollando a través de sus propias luchas, en el que los partidos se fuesen deslindando cada vez más nítidamente hasta coincidir por entero con las grandes clases –burguesía, pequeña burguesía y proletariado- y en el que el proletariado fuese conquistando, en una serie de batallas, una posición tras otra. De ahí que nos enfrentásemos también con la pequeña burguesía democrática siempre que ésta pretendía velar sus contradicciones de clase con el proletariado con la frase favorita de que ‘todos queremos lo mismo, nuestras diferencias se deben todas a meros equívocos’. Y cuanto menos consentíamos que la pequeña burguesía se forjara ilusiones en cuanto a nuestra democracia proletaria, más dócil y sumisa se mostraba con nosotros. Cuanto más enérgica y resueltamente se enfrenta uno con ella, tanto más gustosa agacha la cabeza y tantas más concesiones hace al partido obrero. Lo hemos visto a través de nuestra propia experiencia.” (Engels, “Marx y la *Nueva Gaceta del Rin*”)



La lucha de Marx y Engels por la unidad de la clase obrera

El desenlace de aquéllas revoluciones –superación de la crisis industrial, afianzamiento de la dominación burguesa y derrota de las aspiraciones del proletariado que fue violentamente reprimido- debilitó considerablemente la Liga de los Comunistas. Las condiciones sociales ya no permitían esperar un inmediato repunte de la revolución, por lo que Marx y Engels defendieron un “retraimiento” táctico que “no era del gusto de estas gentes empeñadas en que nos lanzásemos al deporte de hacer revoluciones. Y como nos negamos a ello del modo más enérgico sobrevino la escisión” (Engels, *Contribución a la historia de la Liga de los Comunistas*).

“La minoría reemplaza el punto de vista de la crítica por el dogmatismo, y el materialismo por el idealismo. Considera a la *voluntad pura* como la fuerza motriz de la revolución, en lugar de las condiciones reales. En tanto que nosotros les decimos a los obreros: ‘Vosotros tendréis que pasar por quince, veinte, cincuenta años de guerras civiles y guerras nacionales, no meramente para cambiar vuestras condiciones, sino a fin de cambiaros vosotros mismos y volveros aptos para el poder político’; ustedes, en cambio, les dicen: ‘Debemos obtener el poder de inmediato, de lo contrario podemos acostarnos e irnos a dormir’. En tanto que nosotros les señalamos a los obreros alemanes especialmente la naturaleza poco desarrollada del proletariado alemán, ustedes adulan en la forma más cruda los sentimientos nacionales y los prejuicios artesanales de los artesanos alemanes, lo que es desde luego más popular. (...) Igual que los demócratas, ustedes sustituyen el proceso revolucionario por frases revolucionarias, etc.” (Marx en el CC de la Liga de los Comunistas, 15 de septiembre de 1850, en las *Revelaciones sobre el proceso de los comunistas en Colonia*)

El auge y ocaso del primer partido comunista de la historia nos proporciona la siguiente lección fundamental:

“Las doctrinas sostenidas por la Liga desde 1847 hasta 1852 y que entonces podían ser tratadas despectivamente por los sabios filisteos, como quimeras salidas de unas cuantas cabezas locas y exaltadas, como doctrinas misteriosas de algunos sectarios sueltos, cuentan hoy con innumerables partidarios en todos los países civilizados del mundo, ...” (Engels, *Contribución...*) Y, en la actualidad, en todos los países sin excepción, a pesar de la grave derrota sufrida por el movimiento obrero con la deriva oportunista que acabó restaurando el capitalismo en la URSS y en Europa Oriental.

Aun siendo únicamente dos individuos frente a las comunidades utópicas de decenas y cientos de miembros, apoyadas además en la tradición obrera y revolucionaria establecida, Marx y Engels promovieron un programa que no resultó sectario, que no fue el de una secta más, sino que fue el programa del gran Partido político de toda una clase social, del proletariado. La práctica es el criterio último de la verdad y la práctica del movimiento obrero desde 1848 demuestra que éste dispone de una única base teórica que pueda unirlo y guiarlo a la victoria: el marxismo-leninismo. Sólo el cercenamiento derechista e “izquierdista” de



La lucha de Marx y Engels por la unidad de la clase obrera

esta teoría, a partir del XX Congreso del PCUS (causado por determinadas circunstancias sociales), ha engendrado la duda improductiva en muchos revolucionarios. La única actitud productiva consiste en luchar por la unidad de los comunistas sobre la base de la política que se demostró fructífera, a saber, el bolchevismo. En cuanto a la crítica de los errores de esta política y al aprendizaje de la experiencia revolucionaria posterior, también encontraremos el remedio en el método que emplearon Marx y Engels: conocimiento científico de la realidad, debate racional abierto a todos los interesados y unidad de acción con los movimientos democráticos donde haya masas proletarias. Esto es lo que distingue de una secta al partido proletario en gestación,... aunque, al inicio, su tamaño sea menor que el de otras organizaciones.



La AIT (1): la reconstrucción de la unidad

Dotar a la clase obrera de un gran partido revolucionario es el medio más eficaz para unirla y desarrollar su lucha de clase a una escala de masas que permita derrocar la dominación política de la burguesía y construir el socialismo. Y, a su vez, para reconstituir un gran partido –como fue el PCE de los años 30 del siglo pasado- hay que combatir, por supuesto, al revisionismo que lo destruyó, pero no de cualquier manera: debemos hacerlo de manera que participen en este combate los comunistas hoy dispersos en diversas organizaciones¹ para así poder construir la base ideológico-política de su unidad y la propia organización unificada de los marxistas-leninistas.

Esto requiere una labor titánica de dimensiones internacionales, por cuanto la división de los comunistas en España coincide por entero con las diferentes tendencias que se formaron en el movimiento comunista mundial en la segunda mitad del siglo XX y que se volvieron antagónicas hasta provocar la ruptura y debilitamiento de éste. Sin embargo, esto no significa que debemos esperar que la solución nos venga del extranjero, sino que debemos realizar desde España todos los esfuerzos posibles para contribuir a la reunificación de los marxistas-leninistas de nuestro país y para impulsar este proceso a escala internacional.

En los años 1960-80, cada una de estas tendencias, surgidas en el ámbito nacional de la URSS, China, Albania y Cuba, tuvo la oportunidad de demostrar lo acertadas que estaban y de reconstruir el movimiento comunista internacional sobre la base de su particular interpretación y desarrollo del marxismo. Sin embargo, ninguna lo consiguió y la revolución proletaria mundial se adentró en una larga etapa de reflujo y de profunda depresión de la que deberá salir y saldrá frente a la actual agudización de la crisis general del capitalismo. Esto no significa que no tuvieran aciertos ni que fueran equiparables entre sí en cuanto a la razón que les asistía. Pero sí significa necesariamente que sus herederos debemos investigar los errores o, al menos, insuficiencias de nuestras tendencias respectivas frente a la contrarrevolución; debemos estar racionalmente abiertos a reconocer los aciertos de las demás tendencias; y debemos aceptar como interlocutores válidos para la reconstrucción del Partido a todos los que hoy siguen propugnando la lucha revolucionaria de la clase obrera y la teoría marxista-leninista como su guía. En definitiva, debemos ser modestos y autocríticos, priorizando la construcción del frente único proletario (en lugar de priorizar la construcción de la propia organización), como objetivo inclusive de la lucha teórica y política contra el oportunismo y el revisionismo.

¹ Las organizaciones marxistas-leninistas actuales en España se distinguen entre sí por su mayor o menor acierto teórico y por su mayor o menor potencia práctica, pero todas ellas siguen siendo poco más que círculos de propaganda, todavía alejados de las características de un verdadero partido proletario de masas.



La lucha de Marx y Engels por la unidad de la clase obrera

Aun los que piensen que “su” marxismo-leninismo es el auténtico y es falso el de los demás deberían meditar sobre la táctica que Marx y Engels emplearon para la reconstrucción del movimiento proletario tras la contrarrevolución de los años 50 del siglo XIX. Tal como ocurre en nuestros tiempos, aquella contrarrevolución no fue absoluta, sino que el progreso social continuó, desarrollándose las fuerzas productivas, el mercado mundial, la proletarización de la población trabajadora, la abolición de la servidumbre en Rusia y de la esclavitud en Estados Unidos, etc. Y también estalló la crisis económica de 1857 que, si bien no provocó ninguna nueva revolución, sí que favoreció un nuevo auge del movimiento obrero, esta vez con un sentimiento más internacionalista. Tal fue el contexto en el que se constituyó la Asociación Internacional de los Trabajadores (la Primera Internacional), el 28 de septiembre de 1864 en Londres, a iniciativa de diversas tendencias del movimiento obrero de aquellos años: los proudhonistas, los lassalleanos, los mazzinistas, los tradeunionistas, los cartistas y, claro está, los marxistas. Éstos eran conscientes de las posiciones abiertamente burguesas o utópico-sectarias de sus compañeros de viaje, pero estaban convencidos de que la unidad del movimiento obrero –aun cediendo temporalmente en cuanto a las formulaciones proletarias más consecuentes, aun sin delimitar nítidamente en ese momento el carácter de clase de la Asociación, aun a riesgo de que los demócratas burgueses se hiciesen con su dirección- aceleraría la lucha contra la burguesía y la victoria del marxismo en el seno de dicho movimiento. Así lo explicaron Marx y Engels:

“[La Primera Internacional] Perteneció al período del Segundo Imperio [régimen contrarrevolucionario de Napoleón III en Francia], durante el cual la opresión reinante en toda Europa imponía al movimiento obrero, que precisamente entonces volvía a despertar, la unidad y la abstención de toda polémica interna. Era el momento en que podían ponerse en primer plano los intereses comunes, internacionales del proletariado; (...) (Carta de Engels a Sorge, 12 (y 17) de septiembre de 1874)

“Como el grado de desarrollo alcanzado por diferentes capas obreras de un mismo país y por la clase obrera en distintos países, es muy diverso, el movimiento actual se expresa necesariamente en formas teóricas muy distintas.

La comunidad de acción que hizo nacer a la Asociación Internacional de Trabajadores, el intercambio de ideas mediante los diferentes organismos de las secciones en todos los países y, finalmente, las discusiones directas en los congresos generales, también crearán gradualmente el programa teórico común del movimiento obrero general. (Carta de Marx a Engels, de 5 de marzo de 1869)

“Fue muy difícil disponer la cosa de manera que nuestra vieja concepción apareciera en una forma aceptable desde el punto de vista actual del movimiento obrero. (...) Tomará cierto tiempo hasta que el reanimado movimiento se permita la antigua audacia de expresión. Será necesario ser *fortiter in re, suaviter in modo* [audaz en las cosas y suave en los modales]. (Carta de Marx a Engels, de 4 de noviembre de 1864)



La lucha de Marx y Engels por la unidad de la clase obrera

Por ejemplo, con respecto a la plataforma de lucha económica adoptada por el Congreso de Ginebra de la Internacional (1866), Marx escribió a L. Kugelmann: “La limité intencionadamente a los puntos que hacen posible un acuerdo inmediato para la acción conjunta de los obreros y que pueden satisfacer directamente las necesidades de la lucha de clases y desenvolver la organización de los obreros como clase.” (citado en *El movimiento obrero internacional*, tomo 1, pág. 603, Ed. Progreso)

Así fue como, poco a poco, mediante una ardua lucha contra las concepciones erróneas y, a la vez, por la unidad de la AIT, en cada Congreso anual y en cada reunión semanal de su Consejo General, el marxismo conquistó la hegemonía en ella, enriqueciéndose al mismo tiempo con todas estas polémicas, así como con la asimilación de los progresos sociales acaecidos desde que se escribiera el *Manifiesto del Partido Comunista*.

“Cuando la clase obrera europea hubo reunido las fuerzas suficientes para emprender un nuevo ataque contra las clases dominantes, surgió la Asociación Internacional de los Trabajadores. Pero esta asociación, formada con la finalidad concreta de agrupar en su seno a todo el proletariado militante de Europa y América no pudo proclamar inmediatamente los principios expuestos en el *Manifiesto*. La Internacional estuvo obligada a sustentar un programa bastante amplio para que pudieran aceptarlo las tradeuniones inglesas, los adeptos de Proudhon en Francia, Bélgica, Italia y España y los lassalleanos en Alemania. Marx, al escribir este programa de manera que pudiese satisfacer a todos estos partidos, confiaba enteramente en el desarrollo intelectual de la clase obrera, que debía resultar inevitablemente de la acción combinada y de la discusión mutua. Los propios acontecimientos y vicisitudes de la lucha contra el capital, las derrotas más aún que las victorias, no podían dejar de hacer ver a la gente la insuficiencia de todas sus panaceas favoritas y preparar el camino para una mejor comprensión de las verdaderas condiciones de la emancipación de la clase obrera. Y Marx tenía razón. Los obreros de 1874, en la época de la disolución de la Internacional, ya no eran, ni mucho menos, los mismos de 1864, cuando la Internacional había sido fundada. El proudhonismo en Francia y el lassalleanismo en Alemania agonizaban, e incluso las conservadoras tradeuniones inglesas, que en su mayoría habían roto todo vínculo con la Internacional mucho antes de la disolución de ésta, se iban acercando poco a poco al momento en que el presidente de su Congreso, el año pasado en Swansea, pudo decir en su nombre: ‘El socialismo continental ya no nos asusta.’ En efecto, los principios del *Manifiesto* se han difundido ampliamente entre los obreros de todos los países.” (Prefacio de Engels a la edición inglesa de 1888 del *Manifiesto del Partido Comunista*)

Esta gran victoria del marxismo, la cual dio nacimiento al poderoso movimiento obrero independiente que alcanzó tan importantes triunfos sobre el capitalismo durante más de un siglo, se fraguó primeramente gracias a que Marx y Engels evitaron caer ellos mismos en la tentación del sectarismo. A pesar de que ellos habían avanzado considerablemente en la comprensión de las condiciones necesarias para la emancipación del proletariado, no impusieron sus puntos de vista como condición para la unidad con otras



La lucha de Marx y Engels por la unidad de la clase obrera

tendencias más atrasadas del movimiento obrero. Al contrario, construyeron con ellas, no una mera unidad de acción coyuntural, sino todo un partido político, el primer partido proletario internacional.

Ahora, cuando también nos hallamos en una fase de lenta recuperación del movimiento obrero tras un largo y profundo reflujo, nos toca vencer las tentaciones sectarias para reconstruir la unidad en un solo Partido, al menos de los que se proclaman marxistas-leninistas. Es verdad que ya no estamos a mediados del siglo XIX y que el partido leninista de nuevo tipo, incompatible con el eclecticismo y con las fracciones organizadas en su seno, se ha demostrado como el dirigente revolucionario imprescindible. Sin embargo: 1º) este tipo de partido no fue premisa sino resultado del desarrollo del movimiento obrero de vanguardia, el cual empezó precisamente con la Primera Internacional después de la contrarrevolución de la década de 1850; 2º) Marx y Engels aceptaron rebajar sus exigencias políticas formuladas 16 años antes en *El Manifiesto* para construir una amplia unidad obrera, un gran partido político proletario, en el que el socialismo científico iba a hacerse hegemónico necesariamente en las condiciones de un nuevo auge del movimiento de nuestra clase social. ¡Renunciemos pues a toda prepotencia y a todo sectarismo, y cedamos en nuestras posiciones particulares lo que sea preciso con tal de poder afrontar a corto plazo un congreso de unidad de todas las actuales organizaciones que se definen como marxistas-leninistas!



La AIT (2): defender la unidad obrera alcanzada

En estas últimas décadas, a raíz de la derrota de las posiciones proletarias más consecuentes en la URSS de los años 50, el movimiento de la clase obrera por su emancipación ha retrocedido en muchos aspectos a su punto de partida en el mundo. En España, el PCE se ha fragmentado. De su vieja estructura dominada por las posiciones reformistas (burguesas), se han desgajado diversos círculos organizados que, a pesar de ostentar el título de partido comunista, están lejos de constituir el partido revolucionario de la clase obrera. Su influencia sobre las masas trabajadoras es insignificante y lo peor es que no se desarrollará mientras no rectifiquen sus desviaciones sectarias. Estos círculos se fraguaron en un período en el que el movimiento comunista tenía una dimensión de masas y, para salvar la unidad revolucionaria alcanzada por el proletariado, era prioritario luchar contra el cáncer del revisionismo que lo carcomía. Ahora, sin embargo, aunque el reformismo siga siendo el mayor obstáculo para el desarrollo del movimiento obrero independiente y debemos combatirlo también, no podemos hacerlo de la misma manera. Y, sobre todo, no podemos hacerlo sin priorizar la reconstrucción de la unidad de acción de la clase obrera. De lo contrario, convertiremos nuestras exigencias teóricas en dogmas y a nuestros actuales círculos de propaganda en sectas que prefieren vegetar al margen de las masas laboriosas antes que admitir ciertas concesiones para vincularse a ellas. Y eso es lo que está ocurriendo: cada círculo actúa en mínimo contacto con los trabajadores y con las demás organizaciones comunistas. No se busca la unidad pero tampoco se desarrolla abiertamente una lucha teórico-política entre ellos que ilustre a los proletarios más avanzados. Ésta situación es cómoda para la pervivencia de las sectas, pero es intolerable para la reconstitución del Partido Comunista, objetivo que es mucho más importante que el desarrollo de cada círculo y que no es ni mucho menos idéntico a él.

Hemos visto cómo Marx y Engels supieron rebajar el programa del *Manifiesto Comunista* con tal de unir al proletariado militante del mundo en una única organización: la Asociación Internacional de Trabajadores (Primera Internacional). Y las tendencias con las que se unieron eran tan oportunistas o más que muchas de las que hoy se presentan como comunistas. La unidad fue posible porque la exigía el movimiento obrero práctico para superar su reflujo y también porque lucharon por ella los proletarios con verdadera conciencia de clase. Despreciar esta lucha es estar sordo a las demandas de la clase obrera y cometer el fraude de presentar el interés de secta como si fuera conciencia de clase o “pureza” ideológica. “La emancipación de los obreros será obra de los obreros mismos” –decía la Primera Internacional- y, por consiguiente, habrá de serlo también la lucha contra el oportunismo, lucha que es parte inseparable del movimiento por la emancipación del proletariado. Toda lucha contra el oportunismo que excluya la unidad con el movimiento obrero más amplio –aunque la acción de éste se vea limitada por una dirección economicista o reformista- delata el enfoque pequeñoburgués de tratar a los obreros como una masa bruta. Se



La lucha de Marx y Engels por la unidad de la clase obrera

trata de un enfoque absolutamente estéril para la revolución, que sólo es útil a la reacción y que constituye otra modalidad de oportunismo.

Marx explica así cómo se consiguió la unidad con los **proudhonistas** que imperaban en el movimiento obrero francés de entonces: “Yo no podía ni quería asistir al Congreso [Primer Congreso de la AIT en Ginebra, 1866], pero escribí el programa de los delegados londinenses. Lo limité intencionadamente a los puntos que hacen posible un acuerdo inmediato para la acción conjunta de los obreros y que pueden satisfacer directamente las necesidades de la lucha de clases y fomentar la organización de los obreros como clase. Los señores de París tienen la cabeza atiborrada de las más huera frases proudhonianas. Charlan de la ciencia y no saben nada. Mantienen una actitud despectiva hacia todo lo *revolucionario*, es decir, hacia todo movimiento social concentrado, que, por tanto, pueda llevarse también por medios *políticos* (por ejemplo, la reducción de la jornada de trabajo). Bajo el *pretexto de libertad* y antigubernamentalismo o individualismo antiautoritario, estos caballeros, que durante dieciséis años vienen soportando tan calladamente el más vergonzoso despotismo [el régimen imperial de Napoleón III], ¡predican de hecho la economía burguesa ordinaria, idealizada a lo Proudhon! Proudhon ha hecho mucho daño. (...) Ignorantes, fanfarrones, presuntuosos, charlatanes, henchidos de retoricismo, estuvieron a punto de echarlo todo a perder, pues se presentaron al Congreso en un número que no guardaba ninguna relación con el de sus afiliados”². Pero Marx y Engels asumieron este riesgo y, gracias a ello, la influencia proudhonista acabó siendo minoritaria.

También luchaba Marx por la incorporación a la Internacional de la Unión Obrera Alemana General, liderada por Lassalle. Era la única organización política de obreros que había en aquellos tiempos en Alemania, si bien el **oportunismo lassalleano** la desviaba de los intereses fundamentales de la clase obrera. “... desde un principio, [Lassalle] como cualquiera que declare tener en su bolsillo una panacea para los sufrimientos de las masas, dio a su agitación un carácter religioso y sectario. En realidad, toda secta es religiosa. Además, como cualquier fundador de una secta, negaba toda conexión natural con el movimiento obrero anterior, *tanto en Alemania como en el extranjero*³. Incurrió en el mismo error que Proudhon, y en lugar de buscar la base real de su agitación entre los elementos auténticos del movimiento de clase, intentó orientar el curso de éste siguiendo determinada receta dogmática. (...) Usted sabe por experiencia cuál es la contradicción entre el movimiento sectario y el movimiento de clase. Para la secta el sentido de su existencia y su problema de honor no es lo que tiene en *común* con el movimiento de clase, sino el *peculiar* talismán que lo *distingue de él*.”

¿No son esas distinciones lo que hoy también se pone por delante para justificar y perpetuar la división del movimiento obrero y comunista? En aquel entonces, esa mentalidad sectaria consiguió frenar durante años la unión del proletariado alemán e internacional: “La disolución de la Asociación General

² Carta a Kugelmann, de 9 de octubre de 1866.

³ ¿Acaso no guarda relación con esto el escaso esfuerzo que invierten la mayoría de los círculos comunistas actuales en divulgar la experiencia histórica del movimiento comunista y de sus fundadores, incluso entre sus propios militantes?



Obrera Alemana le dio a usted el motivo histórico para realizar un gran paso hacia delante y para declarar, para demostrar si fuese necesario, que se había alcanzado ahora una nueva etapa de desarrollo y que el momento estaba maduro para que el movimiento sectario se disolviese en el movimiento de clase y para poner fin a todo sectarismo. En lo que respecta a lo que la secta tenía de verdadero, ésta lo llevaría, como ocurrió con todas las anteriores sectas obreras, al movimiento general como elemento que lo enriqueciese⁴. En lugar de esto, usted en realidad exigió al movimiento de clase que se subordinase a un movimiento de secta particular. Sus adversarios dedujeron de esto que, pase lo que pase, usted quiere conservar su ‘propio movimiento obrero’.⁵

La última expresión de sectarismo que tuvieron que enfrentar Marx y Engels en la AIT fue el **anarquismo bakuninista**: “... Bakunin ha fundado con su teoría una secta a la que pertenecen una pequeña parte de los obreros franceses y suizos, muchos de los nuestros en España y algunos en Italia,...

Pues bien, nuestra Asociación es un centro de convergencia y de correspondencia entre las sociedades obreras de los distintos países que aspiran a un mismo fin, a saber: la protección, el progreso y la completa emancipación de la clase obrera (artículo primero de los Estatutos de la Asociación). Si las teorías especiales de Bakunin y de sus amigos se limitaran a estos objetivos, no habría objeciones para aceptarlos como miembros y permitirles hacer cuanto pudieran para propagar sus ideas por todos los medios adecuados. En nuestra Asociación tenemos hombres de todo género: comunistas, proudhonistas, unionistas, tradeunionistas, cooperadores, bakuninistas, etc., e incluso en nuestro Consejo General hay hombres de opiniones bastante diferentes.

En el momento en que la Asociación se convirtiera en una secta, estaría perdida. Nuestra fuerza reside en la amplitud con que interpretamos el artículo primero de los Estatutos, a saber: que son admitidos todos los hombres que aspiran a la emancipación completa de la clase obrera. Por desgracia, los bakuninistas, con la estrechez de espíritu común a todos los sectarios, no se han considerado satisfechos con eso. El Consejo General, según ellos, estaba compuesto de reaccionarios y el programa de la Asociación era demasiado inconcreto.”

Exigían que el ateísmo y el materialismo fueran obligatorios y que se incluyeran, entre las reivindicaciones de la Internacional, la abolición de la herencia y del Estado. “Pero incluir todo eso en nuestro programa significaría alejar a un inmenso número de nuestros miembros y dividir, en lugar de unir, al proletariado europeo. Cuando fracasaron los esfuerzos por conseguir que el programa bakuninistas fuese adoptado como programa de la Asociación se intentó empujar indirectamente a la Asociación por un camino

⁴ Esto es lo único legítimo que pueden pretender los pro-soviéticos, los hoxhistas, los maoístas, etc., subordinando su particular interpretación del marxismo-leninismo a la reconstrucción de la unidad del partido revolucionario de la clase obrera.

⁵ Carta a Schweitzer, de 13 de octubre de 1868.



La lucha de Marx y Engels por la unidad de la clase obrera

equivocado. Bakunin formó en Ginebra una *Alianza de la Democracia Socialista*, que debía ser una asociación separada de la nuestra. ‘Las mentes más radicales’ de nuestras secciones, los bakuninistas, debían formar en todas partes secciones de esta Alianza, y estas secciones tenían que someterse a un Consejo General separado en Ginebra (Bakunin) y tener Consejos Nacionales distintos a los nuestros. En nuestro Congreso General, la Alianza debía sesionar por la mañana con nosotros y después de mediodía celebrar su propio congreso separado. Este gracioso plan fue presentado al Consejo General en noviembre de 1868. (...) Por todo esto verá que el resultado principal de la acción de los bakuninistas ha consistido en crear la división en nuestras filas. Nadie ha puesto obstáculo a sus dogmas especiales, pero no se han dado por satisfechos con eso y han querido mandar e imponer sus doctrinas a todos nuestros miembros. Hemos resistido, como era nuestro deber; sin embargo, si aceptan existir tranquilamente al lado de nuestros otros miembros, no tenemos ni el derecho ni el deseo de excluirlos.”⁶

En el próximo artículo, veremos cómo la acción de masas del proletariado llegó a un punto en que desbordó la capacidad de la AIT para dirigirla. La actividad fraccionalista de los sectarios bakuninistas fue la expresión subjetiva de esta limitación. Marx y Engels no tuvieron más remedio que combatirla para salvar, en el máximo grado posible, la unidad obrera que se había alcanzado. Consiguieron así elevar esta unidad a una potencia superior mediante la construcción de partidos proletarios de masas en los países más avanzados y su ulterior unión en una nueva Internacional que estaba ya en condiciones de asumir los principios del *Manifiesto del Partido Comunista* y una parte importante del desarrollo práctico que le siguió.

⁶ Carta de Engels a Carlos Cafiero, de 1-3 de julio de 1871.



La AIT (3): el desarrollo de la unidad de la clase obrera

Cuanto más se extiende la comprensión de que ha llegado la hora de superar la división de los comunistas, más se revuelve el viejo espíritu sectario que la sostiene. En unos casos, se cierran filas en torno a las siglas propias en lugar de primar el interés general de la clase obrera. En otros, no se ve más allá de la unidad que hoy ya existe –el apoyo conjunto a los movimientos de masas espontáneos- y se renuncia a la lucha por el marxismo-leninismo y al objetivo de reconstituir sobre esta base teórica un Partido Comunista de masas. Y en los menos, afortunadamente, se dan por definitivas las líneas de demarcación entre los diversos agrupamientos y se prescribe unilateralmente la lucha sin unidad (o, mecánicamente, la lucha y, sólo después, la unidad).

Ya hay alguno que ha sacado fuera de contexto la advertencia que Engels dirigió al partido socialdemócrata alemán en 1882 por su falta de celo en la defensa de los principios proletarios frente al oportunismo pequeñoburgués: “La unidad es algo muy bueno mientras sea posible, pero hay cosas más elevadas que la unidad”. Efectivamente, hay cosas más elevadas que la unidad: el comunismo, la revolución socialista, la dictadura del proletariado, el partido comunista, etc. Pero, ¿podremos lograrlas si seguimos tan débiles? No, tendremos que fortalecernos. ¿Cómo? Vinculándonos cada vez más y mejor con las masas, y también uniendo a todos los marxistas-leninistas, hoy dispersos, en un solo Partido Comunista. Por una parte, las distintas lecturas del marxismo-leninismo se resolverán en una única, mediante el debate y la acción común. Y, por otra parte, las masas trabajadoras sólo aceptarán vincularse a los comunistas si nos ven unidos en un partido fuerte, en lugar de divididos en multitud de pequeñas organizaciones.

Por eso, Marx y Engels combatieron por los principios, a la vez lucharon por la mayor unidad, organización y disciplina de las filas del proletariado y de su vanguardia comunista. Hemos hablado de su esfuerzo por vencer al sectarismo para reunir y mantener a las distintas corrientes del movimiento obrero en la Asociación Internacional de Trabajadores (Primera Internacional). Su última batalla en el seno de ésta fue contra el anarquismo bakuninista, por que la clase obrera asimilara las lecciones que se desprendían de la Comuna de París, la primera experiencia de Poder político proletario.

Bakunin y los suyos intentaron imponer sus doctrinas como programa general de la Internacional y, al no conseguirlo, las presentaban a los obreros como si lo fueran. Creaban para ello organismos especiales paralelos a las secciones territoriales, que competían con ellas y que fomentaban la división en las filas proletarias. “Y pese a ello –observa Engels en su artículo *El Congreso de Sonvillier y la Internacional*, de 3 de enero de 1872-, el Consejo General se ha limitado a protestar contra esta falsificación, pero no ha



La lucha de Marx y Engels por la unidad de la clase obrera

impugnado hasta ahora su derecho de pertenecer a la Internacional o de difundir cuanto les venga en gana sus ficciones sectarias con su propia marca.” Eso sí, para acabar con la confusión creada, la Conferencia de Londres de la AIT, en 1871, decidió “que todas las organizaciones existentes en la Asociación Internacional de Trabajadores estarán obligadas en adelante, conforme a la letra y al espíritu de los estatutos generales, a denominarse y constituirse, simple y exclusivamente, como ramas, secciones, etc., de la Asociación Internacional de Trabajadores con los nombres de sus respectivas localidades añadidos; que estará, pues, prohibido a las ramas y sociedades existentes continuar designándose con los nombres de secta, es decir, como grupos mutualistas, positivistas, colectivistas, comunistas, etc.”

Marx y Engels no se limitaron a promover medidas administrativas sino que también combatieron en el plano teórico al sectarismo en general, explicando particularmente el lugar histórico que ocupaba su variante anarquista. Pero no buscaban con ello la escisión sino la unidad de la Internacional, como expresa el título y el contenido de la circular confidencial que les encargó el Consejo General *Las pretendidas escisiones en la Internacional*, escrita entre enero y marzo de 1872: “Encontrándose las secciones de la clase obrera en los diversos países en condiciones distintas de desarrollo, se sigue necesariamente que sus opiniones teóricas, que reflejan el movimiento real, son también divergentes.

Sin embargo, la comunión de acción establecida por la Asociación Internacional de Trabajadores, el intercambio de ideas facilitado gracias a la publicidad hecha por los órganos de las diferentes secciones nacionales, en fin, las discusiones directas en los Congresos generales, no dejarán de engendrar gradualmente un programa teórico común. (...)

La primera etapa de la lucha del proletariado contra la burguesía se caracteriza por los movimientos de sectas. Éstas tienen su razón de ser en un período en que el proletariado no posee todavía el grado suficiente de desarrollo para actuar como clase. Unos pensadores aislados emprenden la crítica de las contradicciones sociales y proponen para ellas soluciones fantásticas, y a las masas obreras sólo les queda aceptarlas, propagarlas y llevarlas a la práctica. Las sectas que crean estos iniciadores son, por naturaleza, abstencionistas: extrañas a toda actuación efectiva, política, huelguística o sindical; en una palabra, a todo movimiento colectivo. La masa del proletariado se mantiene siempre indiferente, e incluso hostil, ante su propaganda. (...) Las sectas, palancas del movimiento en sus comienzos, se convierten en un obstáculo en cuanto este movimiento las sobrepasa; entonces se hacen reaccionarias. (...) En resumen, las sectas son la infancia del movimiento proletario, como la astrología y la alquimia son la infancia de la ciencia. Antes de que fuera posible la fundación de la Internacional, el proletariado europeo tuvo que superar esta etapa.

En oposición a las organizaciones de las sectas, fantaseadoras y rivales, la Internacional es la organización auténtica y militante del proletariado de todos los países, unido en la lucha común contra los capitalistas y los terratenientes, contra su dominación de clase, organizada en el Estado. Por eso, en los



La lucha de Marx y Engels por la unidad de la clase obrera

Estatutos de la Internacional se habla simplemente de ‘sociedades obreras’ que aspiren a un mismo fin y acepten el mismo programa. Este programa se limita a trazar los rasgos generales del movimiento proletario, en tanto que su elaboración teórica la realizan, en consonancia con las necesidades de la lucha práctica y como resultado del intercambio de opiniones, las secciones, sus organismos y sus Congresos, en los que se admiten indistintamente las convicciones socialistas de todos los matices.

En toda nueva etapa histórica, los viejos errores reaparecen un instante para desaparecer poco después. Del mismo modo, la Internacional ha visto renacer en su seno grupos sectarios, aunque en una forma poco acentuada.

La Alianza [bakuninista], que considera un inmenso progreso la resurrección de las sectas, es por sí misma una prueba convincente de que el tiempo de las sectas ha pasado. Porque si, al surgir, eran un elemento de progreso, el programa de la Alianza, a remolque de un “Mahoma sin Corán” [Bakunin], sólo representa un revoltijo de ideas hace mucho enterradas, encubiertas con frases sonoras y que únicamente pueden asustar a los cretinos burgueses o servir como pruebas contra los miembros de la Internacional a los fiscales de Bonaparte u otros (... La fraseología de estos sectarios, cuyo radicalismo consiste sólo en pronunciar palabras altisonantes, sirve espléndidamente los designios de la reacción).”

Sólo al año siguiente, al descubrirse las maniobras fraccionales secretas de los bakuninistas, Marx y Engels proponen la expulsión de éstos de la AIT para salvar a ésta de la escisión. La mayoría del Congreso de La Haya (1872) únicamente acepta excluir a Bakunin y sus más cercanos colaboradores, dejando al resto actuar dentro de la Internacional y en su nombre, aunque también aprueba un informe que desenmascara públicamente las actividades de éstos: “He aquí una sociedad que, bajo la máscara del más extremado anarquismo, dirige sus golpes no contra los gobiernos existentes, sino contra los revolucionarios que no aceptan su ortodoxia ni su dirección. (...)

Toda sección que no estuviera sometida a su dominio era considerada por ella como enemiga, más enemiga aún que la burguesía. *Quien no está con nosotros, está contra nosotros*, ésa es la regla que ella declara abiertamente en sus manifiestos rusos. El éxito del movimiento general es para ella una desgracia si dicho movimiento no se ha sometido a su yugo de secta. Cuando la clase obrera francesa necesitaba antes que nada alguna organización, la Alianza ayuda a Thiers y a los Rurales, declarando la guerra a la Internacional.” (*La Alianza de la Democracia Socialista y la Asociación Internacional de Trabajadores*)

La Internacional había dado un enorme impulso al movimiento obrero, pero, a partir de la derrota de los comuneros de París y del conflicto con los anarquistas, se volvió un freno por su heterogeneidad ideológica y su amplitud territorial. En su lugar, había que pasar a una nueva forma de organización: partidos políticos de masas del proletariado en cada país. Así, Engels explica a Sorge en su carta de 12 (y 17) de septiembre de 1874, que la Primera Internacional era la forma de organización apropiada a un período



La lucha de Marx y Engels por la unidad de la clase obrera

“durante el cual la opresión reinante en toda Europa imponía al movimiento obrero, que precisamente entonces volvía a despertar, la unidad y la abstención de toda polémica interna. Era el momento en que podían ponerse en primer plano los intereses comunes, internacionales del proletariado; (...) Pero en su vieja forma ya está caduca. Para hacer una nueva Internacional a semejanza de la vieja –como alianza de todos los partidos proletarios de todos los países- sería necesario ahogar totalmente al movimiento obrero tal como en 1849-1864.”

Poco tiempo después, el mismo autor explicaba cómo, después de la lucha interna y la ruptura de la AIT, se estaba recomponiendo la unidad proletaria, pero en un plano superior: “Así, al cabo de cuatro años de lucha intestina, se ha restablecido por completo la unidad de acción de la clase obrera europea, y los acontecimientos han confirmado plenamente la política proclamada por la mayoría del último Congreso de la Internacional. Ahora vuelve a existir la base sobre la cual pueden actuar de nuevo juntos y con decisión los obreros de los diferentes países europeos, prestándose el apoyo mutuo que constituye la fuerza principal del movimiento. La existencia de la Asociación Internacional de los Trabajadores se ha hecho imposible, ... El movimiento de la clase obrera ha rebasado no sólo la necesidad, sino incluso la posibilidad de una unión formal de este tipo. Pero la gran organización proletaria, además de haber cumplido plenamente su tarea, sigue viviendo más poderosa que nunca en la agrupación, mucho más fuerte aún, de unidad y solidaridad, en la comunidad de acción y de política que anima hoy a la clase obrera de toda Europa y constituye su propia y grandiosa conquista. Entre los obreros de los distintos países, e incluso de cada país, existe gran variedad de puntos de vista; pero no hay ya sectas, no existen ya pretensiones de ortodoxia dogmática y de supremacía doctrinaria; lo que sí existe es un plan común de acción, trazado originalmente por la Internacional y reconocido hoy por todos, porque ha surgido en todas partes, de manera consciente o espontánea, de la lucha, de las necesidades del movimiento; este plan, que se adapta libremente a las distintas condiciones de cada nación y de cada localidad y conserva, sin embargo, por doquier sus rasgos fundamentales, asegura la unidad de objetivos y la congruencia general de los medios empleados para alcanzar el fin común: la emancipación de la clase obrera por la propia clase obrera. (*Los obreros europeos en 1877*, Engels) Para esto, la lucha de dos líneas fue necesaria, pero **defendiendo la unidad anteriormente conquistada** para desarrollarla **hacia una nueva unidad** aun más sólida y potente.



El principal enemigo de todo movimiento obrero incipiente

La unidad de todas las organizaciones obreras con cierta influencia de masas en la Asociación Internacional de los Trabajadores (Primera Internacional) había facilitado la ampliación del movimiento proletario y su encauzamiento hacia el socialismo. La táctica de lucha de Marx y Engels contra el sectarismo había dado sus frutos, aunque para ello hubiese hecho falta criticar y expulsar de la unidad obrera alcanzada a la corriente pequeñoburguesa del anarquismo. Y es que la defensa de la unidad y el rechazo de las divisiones sectarias no excluye sino que exige la lucha contra las concepciones extrañas a los intereses fundamentales del proletariado adheridas circunstancialmente a su movimiento, hasta extirparlas del mismo. Sólo que, para alcanzar este resultado, es imprescindible predicar y practicar la unidad de acción con la masa obrera. El progreso social sólo puede abrirse mediante la unidad, pero no una unidad amorfa de clases, sino mediante la unidad de la clase obrera contra la burguesía y contra las tendencias pequeñoburguesas que ayudan directa o indirectamente a las clases explotadoras.

En la etapa de los partidos obreros de masas...

Este enfoque se traduce en la actitud dialéctica que Marx y Engels mantenían hacia el proceso de unificación del partido socialdemócrata alemán –basado en el socialismo científico- con el partido obrero de masas capitaneado por los lassalleanos: por una parte, eran partidarios de esta unidad y, por otra parte, reclamaban que no se realizara a cualquier precio, que no se traficara con los principios y que se combatiera sin cuartel contra las desviaciones reaccionarias de los seguidores de Lassalle.

“Nuestra opinión, que una larga experiencia ha confirmado, es que la táctica correcta en la propaganda no es quitarle al adversario unos pocos afiliados de vez en cuando, sino trabajar con la gran masa que permanece apática. Una sola persona pura que hayamos ganado a la masa sana vale más que diez renegados lassalleanos, que siempre traen consigo, al entrar al partido, el germen de sus falsas tendencias. Y si se pudiera ganar a las masas sin sus *líderes locales*, también estaría bien. Pero siempre nos vemos obligados a admitir a una cantidad de estos jefes, que están atados por sus manifestaciones públicas anteriores, o por sus opiniones anteriores, y quieren demostrar a todo trance que no son ellos quienes han renegado de sus principios, sino que, por el contrario, es el Partido Obrero Socialdemócrata el que predica el *verdadero lassalleanismo*. (...)

Por otra parte, ya lo dijo el viejo Hegel: la prueba de que un partido ha triunfado es el hecho de que se divide y puede soportar la división. El movimiento del proletariado pasa necesariamente por diferentes etapas de desarrollo; en cada etapa hay gente que se queda atrás, que no sigue avanzando; sólo así se explica



La lucha de Marx y Engels por la unidad de la clase obrera

por qué la “solidaridad del proletariado” se realiza en todas partes en forma de diversas agrupaciones partidarias que libran entre ellas una lucha a muerte, a semejanza de las sectas cristianas del Imperio Romano en el período de las peores persecuciones.” (Carta de Engels a Bebel, 20 de junio de 1873)

La unidad del partido alemán se pudo llevar a término, aun con concesiones de principios que enojaron a los fundadores del socialismo científico, pero finalmente prevaleció en la práctica la línea política marxista. Sin embargo, a los pocos años, emergió una desviación de derecha, reformista, entre algunos cuadros del partido que fue derrotada gracias a la lucha de Marx y Engels contra esa concepción bobalicona, interclasista, de la unidad del partido proletario:

“Es un fenómeno inevitable, enraizado en el curso del desarrollo, que gente proveniente de la que ha sido la clase dominante, se una al proletariado militante y lo provea de elementos culturales. Esto lo hemos dicho claramente en el *Manifiesto*. Pero en este caso es preciso agregar dos puntos: *Primero*, para ser útiles al movimiento proletario, esta gente debe aportar también verdaderos elementos culturales. (...) *Segundo*. Si gente de este tipo, que proviene de otras clases, se une al movimiento proletario, la primera condición es que no traiga ningún resto de prejuicios burgueses, pequeñoburgueses, etc., sino que adopten abiertamente el punto de vista proletario.” (Carta de Marx y Engels a Bebel, Liebknecht, Bracke y otros, 17-18 de septiembre de 1879)

“La unidad es algo muy bueno mientras sea posible, pero hay cosas más elevadas que la unidad. Y cuando, como Marx y yo, se ha luchado más duramente toda la vida contra la seudosocialistas que contra ningún otro (...), no puede lamentarse mucho que haya estallado la inevitable lucha.” (Carta de Engels a Bebel, 28 de octubre de 1882)

Gracias a esta lucha, el partido alemán se fortaleció, a pesar de quedar ser ilegalizado durante varios años por el gobierno prusiano de Bismark. A finales de siglo, había multiplicado por cuatro sus efectivos, hasta los 100.000 militantes y cosechaba dos millones de votos con los que formaba un numeroso y combativo grupo parlamentario. También fue el impulsor de la Segunda Internacional Obrera que, como había predicho Engels, “será directamente comunista y proclamará abiertamente nuestros principios.” (Carta de Engels a Sorge, 12 (y 17) de septiembre de 1874). Por sus éxitos y su firmeza marxista, fue el referente del proletariado revolucionario en todo el mundo, hasta que se constituyó el Partido Bolchevique en Rusia y hasta que la socialdemocracia, tanto en Alemania como en la mayoría de los países, se corrompió con el tránsito del capitalismo a su fase superior, imperialista.



En la etapa de los pequeños círculos comunistas...

En el último cuarto del siglo XIX, el sectarismo “socialista” había sido superado en la mayor parte de los países de capitalismo desarrollado, pero seguía causando estragos en el movimiento obrero anglo-norteamericano. En Gran Bretaña, la Federación Socialdemócrata presidida por Hyndman se negaba a trabajar en las tradeuniones (sindicatos) debido a la política obrera liberal de éstas. En Estados Unidos, los emigrados alemanes portadores del socialismo científico se resistían a trabajar en el movimiento obrero que empezaba a andar, lastrado por prejuicios nacionales y corporativos. Como resaltaba Lenin, “en tales países, Marx y Engels enseñaban a los socialistas a romper *a toda costa* con el sectarismo estrecho e incorporarse al movimiento obrero con el fin de *sacudir políticamente* al proletariado.” (Prefacio a la correspondencia de F. A. Sorge)

Refiriéndose a Norteamérica, Engels observaba: “Los alemanes no han aprendido a usar su teoría como palanca que podría poner en movimiento a las masas norteamericanas; en su mayor parte no entienden la teoría y la utilizan de forma abstracta y dogmática, como algo que debe aprenderse de memoria y que resolverá entonces sin más todas las necesidades. Para ellos es un *credo* y no una guía para la acción. A lo que hay que agregar que por principio no aprenden inglés. De aquí que las masas norteamericanas tuvieron que buscar su propio camino que por el momento parecen haber encontrado en los *Knights of labour* [Caballeros del trabajo], cuyos confusos principios y ridícula organización parecen corresponder a su propia agrupación. Pero, según todos mis informes, los *K. of L.* son una potencia real, especialmente en Nueva Inglaterra y en el Oeste, que se refuerza cada día debido a la brutal oposición de los capitalistas. Creo que es necesario trabajar dentro de sus organizaciones, formar dentro de esta masa todavía bastante maleable un núcleo de gente que comprenda el movimiento y sus fines y que en consecuencia tome la dirección, por lo menos de una sección, cuando se produzca la ruptura inminente e inevitable del ‘orden’ actual. (...) El primer gran paso de importancia para todo país que entre en el movimiento es siempre la organización de los obreros como partido político independiente, no importando cómo, siempre que sea un partido netamente obrero. (...) Que el primer programa de este partido sea todavía confuso y muy deficiente, (...) son males inevitables pero también sólo transitorios. Las masas deben tener tiempo y oportunidad para desarrollarse, y únicamente pueden tener la oportunidad de hacerlo si tienen su propio movimiento –no importa en qué forma siempre que tengan *su propio* movimiento- al que hacen progresar por sus propios errores y aprendiendo de sus heridas. El movimiento está en Norteamérica en la misma situación en que estaba entre nosotros antes de 1848; la gente realmente inteligente de allí deberá empezar por desempeñar el mismo papel que desempeñó la Liga Comunista en las asociaciones obreras antes de 1848. (...) es precisamente ahora que se hace doblemente necesario tener ahí unas pocas personas que estén de nuestro lado, bien firmes en los que respecta a la teoría y a la táctica, y que también sepan escribir y hablar en inglés; (...) si hay cerca gente de mentalidad teóricamente clara, que pueda explicarles a tiempo las consecuencias de sus propios errores y hacerles comprender que todo movimiento que no tenga en vista constantemente y como objetivo final la



destrucción del sistema asalariado está destinado a descarrilarse y fracasar, entonces pueden evitarse muchas tonterías y puede acortarse considerablemente el proceso.” (Carta de Engels a Sorge, 29 de noviembre de 1886)

“Lo más importante es poner en marcha a la clase obrera *como clase*; una vez obtenido esto, pronto hallarán la dirección correcta, y todos los que se resistan, (...), se quedarán solos con pequeñas sectas particulares. Por ello creo que también los *Knights of labour* son en el movimiento un factor primordial al que no debiera desdeñarse desde afuera sino revolucionarse desde adentro; y considero que muchos de los alemanes que están allá han cometido un grave error al tratar, frente a un poderoso y glorioso movimiento que no era de su creación, de hacer de su teoría importada y no siempre entendida un dogma único para lograr la salvación manteniéndose apartados de todo movimiento que no aceptase ese dogma. Nuestra teoría no es un dogma sino la exposición de un proceso de evolución, y este proceso incluye etapas sucesivas. Esperar que los norteamericanos arranquen con una conciencia cabal de la teoría elaborada en viejos países industriales, es esperar lo imposible. Lo que debieran hacer los alemanes es elevarse hasta su propia teoría – si la comprenden, como lo hicimos entre 1845 y 1848-, entrar en todo movimiento obrero real, aceptar sus puntos de partida prácticos y conducirlos gradualmente al nivel teórico, señalando cómo todo error cometido, todo revés sufrido, es consecuencia necesaria de las concepciones teóricas erróneas del programa original; debieran, en las palabras del *Manifiesto Comunista*, representar el movimiento del futuro en el movimiento del presente. Pero sobre todo darle a este movimiento tiempo para que se consolide, no aumentar la inevitable confusión de los primeros pasos haciéndole tragar a la gente cosas que no puede ahora comprender adecuadamente, pero que pronto comprenderá. Uno o dos millones de votos obreros en las próximas elecciones de noviembre a favor de un partido obrero de buena fe, valen actualmente infinitamente más que cien mil votos obtenidos por una plataforma doctrinariamente perfecta.” (Carta de Engels a Florence Kelley Wischnewetski, 28 de diciembre de 1886)

“Nuestra teoría es una teoría de desarrollo, no un dogma para aprender de memoria y para repetir mecánicamente. Cuanto menos se la impongan a los norteamericanos desde afuera y cuanto más la pongan a prueba con su propia experiencia –con ayuda de los alemanes- tanto más profundamente se incorporará a su carne y a su sangre. Cuando nosotros volvimos a Alemania en la primavera de 1848, nos unimos al Partido Democrático porque éste era el único medio posible de llegar a la clase obrera; fuimos el ala más avanzada de ese partido, pero al fin y al cabo un ala. Cuando Marx fundó la Internacional, redactó el Reglamento de manera que pudieran ingresar *todos* los obreros socialistas de esa época: proudhonistas, lerouxistas e incluso el sector más avanzado de las tradeuniones inglesas; y fue sólo gracias a esta amplitud que la Internacional llegó a ser lo que fue: el medio para disolver y absorber gradualmente a todas estas sectas secundarias, con excepción de los anarquistas, cuya repentina aparición en varios países no fue sino el efecto de la violenta reacción burguesa que sucedió a la Comuna y que por ello podíamos dejar que se marchitasen solos, como ocurrió. Si de 1864 a 1873 hubiéramos insistido en trabajar sólo con quienes adoptaban ampliamente nuestra



La lucha de Marx y Engels por la unidad de la clase obrera

plataforma, ¿dónde estaríamos hoy? Creo que toda nuestra experiencia ha mostrado que es posible trabajar junto con el movimiento general de la clase obrera en cada una de sus etapas sin ceder u ocultar nuestra propia posición e incluso nuestra organización, y temo que si los alemanes norteamericanos eligen una línea distinta cometerán un grave error.” (Carta de Engels a Florence Kelley Wischnewetski, 27 de enero de 1887)

“El movimiento de allá, lo mismo que el de aquí y que el que se está desarrollando en las regiones mineras de Alemania, no puede hacerse sólo con la prédica. Son los hechos los que deben penetrar en la cabeza de la gente, pero el proceso será más rápido, desde luego, allí donde exista ya una sección organizada y teóricamente educada del proletariado, como ocurre en Alemania. (...) el terreno había sido preparado durante los últimos ocho años por diversos métodos de agitación, de tal manera que la gente, sin ser socialista, quería que sus dirigentes fuesen socialistas. Ahora, sin notarlo, se están encaminando por el camino teórico correcto, avanzan por él impetuosamente, y el movimiento es tan fuerte que creo sobrevivirá a los inevitables desatinos y a sus consecuencias, así como a los desacuerdos entre los diversos sindicatos y dirigentes, sin serio daño...

Creo que lo mismo ocurrirá con ustedes en Norteamérica. Los Schleswig-Holstein [expresión de Marx para referirse a los anglosajones] y sus descendientes en Inglaterra y Norteamérica no se convertirán con conferencias: estos tipos tercos y vanidosos deberán experimentarlo en carne propia. (...) Por consiguiente, hay que empezar con las tradeuniones, etc., si es que debe haber un movimiento de masas, y habrá que hacerles dar cada paso hacia delante por medio de una derrota. Pero una vez que hayan dado el primer paso más allá del punto de vista burgués, las cosas marcharán rápidamente, ... (Carta de Engels a Sorge, 8 de febrero de 1890)

Es evidente que, como resultado de la derrota del socialismo en la URSS y en otros países, hemos vuelto en cierto modo a la fase inicial del movimiento obrero en España y en muchos otros lugares. Y no cabe duda de que los actuales ataques de los capitalistas precipitarán nuevamente la derrota del sectarismo, pero la victoria de la clase obrera unida en torno al marxismo llegará antes y será más sólida si **los comunistas actuales nos esforzamos por aprender de la historia y dejamos de poner trabas a la unidad del proletariado y de su partido político.**